

ro las tierras de que le despojara, proclamando al Papa *señor de su cuerpo y de su alma*, á fin de cimentar mejor su reconciliación con la Iglesia. El clero triunfaba, lo cual era casi inevitable en Portugal; pero no será por demás decir que Alfonso estaba mortalmente enfermo cuando se humilló ante la Iglesia, falleciendo poco despues (16 de febrero de 1279), á la edad de sesenta y nueve años. Portugal perdió en él á uno de sus mas grandes monarcas.

### CAPÍTULO VI.

## Prosperidad y decadencia de Portugal desde 1279 á 1383.

PRETENSIONES DEL INFANTE ALFONSO; ENLACE DEL REY DIONISIO.—PROSPERIDAD DE PORTUGAL BAJO LA ADMINISTRACION DE DIONISIO.—CORTA GUERRA; CONDUCTA DE DIONISIO CON LOS TEMPLARIOS (1314).—REBELIONES DE DON ALFONSO.—ALFONSO IV (1325-1356); CAMBIO EN SU CONDUCTA.—VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES Y LOS PORTUGUESES CONTRA LOS MOROS CERCA DEL RIO SALADO (1340).—AVENTURA DE INES DE CASTRO; MUERTE DE ALFONSO IV.—DON PEDRO (1356-1367); SUS VERGONZANZAS.—ZELO DE DON PEDRO POR LA JUSTICIA; SU SEVERIDAD; SUS EXTRAVAGANCIAS; SUS FRÍVOLOS PLACERES.—DON PEDRO SE NIEGA Á INTERVENIR EN CASTILLA.—REINADO DE DON FERNANDO; DECADENCIA (1367-1383); INTERVENCION DESGRACIADA EN CASTILLA (1368).—VERGONZOSO GOBIERNO DE LEONOR TELLEZ.

Pretensiones del infante Alfonso; enlace del rey Dionisio.

Aunque apenas contaba diez y siete años, Dionisio era ya digno del trono, así por las grandes prendas que debía á la naturaleza, como por la brillante educacion que recibió del francés Aymeric de Ebrard: su nacimiento habia sido algo anterior á la legitimacion oficial del segundo matrimonio de Alfonso III, y su hermano el infante D. Alfonso aprovechó esta circunstancia para reclamar la corona. En vano su padre comun habia tenido el cuidado de designar á Dionisio como á heredero suyo; en vano la corte de Roma le habia reconocido solemnemente, en vista de la peticion espresa de las cortes nacionales: el infante D. Alfonso persistió en sus pretensiones, y como siempre, tuvo partidarios

para sostenerlas, entre los cuales figuraba la misma Doña Beatriz, y por consiguiente Alfonso X de Castilla. Doña Beatriz se irritaba al ver que el jóven Dionisio no queria tolerar ninguna dominacion, ni aun la suya, repitiendo á menudo que un hombre, luego que ha pasado de la edad de quince años, no debe dejarse guiar por los consejos de una muger.

Como quiera, el jóven rey frustró fácilmente aquella conspiracion, y mientras el infante D. Alfonso, despojado de las plazas que poseia en concepto de dotacion, solicitaba gracia, doña Beatriz hubo de refugiarse cerca de Alfonso X. Este último príncipe se hallaba entonces en tales apuros, que de todos sus Estados solo le quedaba la ciudad de Sevilla; así es que nada pudo hacer por la causa que tan vivamente habia abrazado. Beatriz falleció poco despues en Sevilla, abrumada por las desgracias que su padre sufría por parte de sus demás hijos, y por las que ella misma se acarrearía con su mal aconsejada conducta política.

En tanto Dionisio se habia casado con la infanta Isabel, hija del rey de Aragon D. Pedro III (1282), sin hacer caso de la palabra formal que diera al emperador griego Miguel Paleólogo. Isabel, justamente canonizada por la Iglesia con el nombre de Elisabeth, fué el ángel bueno del rey Dionisio. Luego que estuvo unida con él logró reconciliarle con su hermano, y desde entonces no cesó de intervenir en todo desacuerdo para zanjarlo, y en todo sinsabor para mitigarlo. Las crónicas portuguesas del siglo XIII abundan en trozos admirables sobre los felices efectos de su virtud. Dionisio tuvo la desgracia de no conocerla bastante, y llegó al extremo de acusarla; pero tales sospechas solo sirvieron para hacer resaltar mas su inocencia, siendo tal el encanto de su angelical bondad, que sedujo á la misma doña Beatriz; esta medió entre Castilla y Portugal, y á los pocos años, un doble matrimonio puso el sello á la reconciliacion de ambos reinos.

Prosperidad de Portugal bajo la administracion de Dionisio.

Dionisio habia pues vencido á su hermano y aplacado á Castilla, pero fué menos afortunado con el clero portugués, cuya incurable turbulencia habia agitado tan violentamente los tres reinados precedentes. Obligado por las peligrosas promesas que le habia hecho, para atraerle á su causa contra la ambicion

de D. Alfonso, vióse en la dura precision de ceder á la mayor parte de sus exigencias. El papa Nicolas se erigió en mediador entre las dos partes, y el resultado de su intervencion fué que los privilegios ya sobrado elevados del clero aumentaron mas aun en virtud del tratado de 1289.

Desde entonces el rey Dionisio, sin permanecer nunca indiferente ni extraño á las graves disensiones que á la sazón reinaban en la España cristiana, y sin olvidar tampoco la cruzada (puesto que acabó de conquistar los Algarbes, y agregó á sus Estados el bello país de Riba de Coa), concentró toda su actividad en la administracion interior. El reino de Portugal estaba ya constituido materialmente, y solo faltaba utilizar y multiplicar los maravillosos recursos de que le dotara la naturaleza.

Dionisio aplicó todos sus cuidados á la agricultura, primera riqueza de Portugal, y obtuvo por recompensa el hermoso dictado de rey labrador. No contento con doblar así las rentas de sus dominios, con hacer libres á los siervos que se distinguían por su habilidad, con desmontar los terrenos incultos, con multiplicar las aldeas y con guarnecer la costa con inmensos bosques de pinos para reprimir las invasiones del Océano, llevó su celo al extremo de atentar á las inmunidades de las tierras privilegiadas, y de prohibir las donaciones territoriales á los monasterios, y si se reclamaba contra estas disposiciones á nombre de la nobleza ó de la religion, respondia que se apoderaba justamente de lo que habían usurpado antes. Así es, que admirados los portugueses, de la tranquila energía que oponía á tales quejas, han dicho de él *que hizo cuanto quiso*. La virtuosa Isabel, que merecia tambien el título de patrona de los labradores, mandó construir en Coimbra un gran convento exclusivamente destinado á las huérfanas hijas de agricultores al que iba con frecuencia para presidir á su educacion, y cuando habían llegado á la edad nubil, les daba por maridos, hombres honrados, dedicados, como sus padres, al cultivo de la tierra. El resultado de tantos cuidados fué que Portugal, produciendo mas de lo necesario para su propio consumo, comenzó á enriquecerse con la exportacion, que la poblacion aumentó con el bienestar, y que los municipios, en quienes se apoyaba el trono contra la desobediencia de las otras dos clases, tomaron un desarrollo notable.

El suelo portugués abundaba en minas de todos metales, y Dionisio no desatendió este elemento de riqueza. Abriéronse pues de nuevo las antiguas minas de oro y de hierro, y su explotacion quedó sujeta á leyes mas equitativas.

De este feliz desenvolvimiento de la prosperidad pública nacieron espontáneamente el comercio y la marina portuguesa, reservada á tan altos destinos. Pronto mejoró tambien la construccion de buques, y el pabellon portugués dominó en los mares vecinos, al paso que los extensos bosques de pinos de la costa, atesoraban los ricos materiales que dos siglos mas tarde debían conducirle á los extremos del universo.

El rey Dionisio, bien que absorto en estas reformas materiales, no olvidaba la literatura. Poeta y conocedor de varios idiomas, quiso inocular en sus pueblos el gusto á las artes y á las letras, y de este deseo nació la universidad de Coimbra, una de las mas célebres de Europa durante la edad media. Desde aquel momento salia á menudo de su palacio para sentarse entre los sábios que había reunido, y esto en una época en que los príncipes mas poderosos de la cristiandad se vanagloriaban de su ignorancia. ¿Cómo pues no participar de la admiracion que los portugueses tributaron á Dionisio, y que tanto ha popularizado su memoria? De él dimanaban todos los gérmenes del engrandecimiento portugués, y él fué verdaderamente el padre de su patria.

#### Corta guerra; conducta de Dionisio con los Templarios (1314).

Tales eran los beneficios que la administracion del rey Dionisio derramaba sobre el reino de Portugal, cuando el rey Fernando de Castilla vino á arrancarle de sus pacíficas ocupaciones, reclamando contra algunas cláusulas de un tratado firmado durante los primeros años de su reinado. Jaime de Aragon ofreció al punto su mediacion, y cuando ya se activaban las negociaciones fué arrebatado Fernando por una muerte repentina, asegurándose de él lo mismo que en aquella época se decia del rey de Francia y del papa, esto es, que dos caballeros castellanos á quienes había mandado arrojar de lo alto de una torre, le habían citado para que en el término de treinta dias compareciese ante el tribunal de Dios, y que en efecto no pasó del término del emplazamiento. De aquí el tí-

tulo de Emplazado que algunos cronistas añaden á su nombre, y Dionisio, libre de este peligro, volvió á sus habituales tareas (1312).

Durante este nuevo período, hizo Dionisio resplandecer su justicia negándose á asociarse á una de las mayores iniquidades de la edad média: á la abolición de la orden de los Templarios. Ni el ejemplo de Felipe el Hermoso y de los reyes vecinos, ni las excomuniones pontificias, ni las solemnes sentencias pronunciadas contra el Temple por el concilio de Viena, pudieron resolverle á ello. Sabía que los Templarios confesaban en medio de los tormentos los crímenes mas horribles, y que los desmentian en la guerra.

Partidario declarado de las órdenes militares, á las cuales habia concedido importantes favores, Dionisio mandó solamente proceder á un exámen de las costumbres de los Templarios, del cual resultó que desde su establecimiento en Portugal, esto es, desde el año 1126, solo se habian distinguido por su celo contra los infieles. Léjos de erijirse en auxiliares de la anarquía contra el poder real, no habian cesado de sostenerlo así contra sus enemigos del interior, como contra los del exterior. Tócanos además añadir que los Templarios tenian cerca del rey un abogado poderosísimo en el confesor de la reina Isabel, y por él, en la misma reina, en quien su esposo, desengañado al fin, admiraba no menos que su pueblo la mas pura imágen de la piedad.

Sin embargo, Dionisio no se atrevió á despreciar la bula de Clemente V, y llegó á decretar la supresion oficial de la orden proscrita; pero, sobre no hacer morir á nadie, apresurose á proclamar la inocencia de todos los Templarios; y despues de reunir por un momento sus dominios á los de la corona, se los restituyó uno por uno. Además, en vez del nombre de ex-templarios, que al principio les permitió llevar, creó para ellos otra orden, la del Cristo (1318), conducta que fué aprobada por el papa Juan XXII, como conciliadora de la obediencia y de la equidad. Los caballeros de Cristo, cuya divisa al igual de la de los Templarios, era una cruz encarnada atravesada de blanco, se dedicaban á la guerra santa, siendo la diferencia mas notable la clausura que se impuso á la orden naciente, cuyos caballeros eran al principio ochenta y cuatro en número, quince de los cuales eran hermanos espirituales. La orden del Cristo fué en breve la mas importante de

Portugal, en union con la de Santiago, á la que Dionisio hizo independiente de los caballeros del mismo nombre existentes en Castilla.

#### Rebeliones de D. Alfonso.

Tan activo y esclarecido rey merecia por cierto la felicidad en cambio de sus bondades; sin embargo, no la alcanzó, pues mientras todos los portugueses bendecian su reinado, el mayor de sus hijos, D. Alfonso, envidioso de la preferencia que al parecer daba su padre al bastardo Alfonso Sanchez, levantó pendones contra él. Primero se habia quejado, luego acusó de envenenador á su rival, y como estas calumnias no produjeron efecto alguno, recurrió á las armas. Entre sus partidarios figuraban aquellos á quienes la vejez del monarca inducia á solicitar la amistad de su heredero. Camoens es quien mas nos ilustra sobre estas funestas luchas.

Dionisio é Isabel emplearon al principio la dulzura, pero como ni sus ruegos, ni sus amenazas, ni la intervencion del papa, ni el sentimiento del deber pudieron iluminar el alma del rebelde, encendióse la guerra, la que hubiera sido muy sangrienta, si la reina, acompañada de algunos obispos, no se hubiese presentado entre ambos ejércitos para obligarles á deponer las armas. Dionisio perdonó, y aun consintió en aumentar la dotacion de su hijo (1323); pero el año siguiente abandonó Alfonso la corte, retiróse á Santarem, y marchó de allí contra Lisboa. El rey hubo de ponerse otra vez en campaña, y corrió la sangre hasta que Isabel logró apaciguar á su hijo, cuyo arrepentimiento fué engañoso, dado que se rebeló por tercera vez.

Entretanto Alfonso Sanchez oponia la mas noble conducta á los culpables extravíos del infante. Salió secretamente de la corte, retiróse á Castilla y escribió á su padre que sacrificaba á la paz pública la dicha de verle, la justicia de su causa y las dignidades con que le agraciara. D. Alfonso no se dejó aplacar por tan gran sacrificio, antes conservó todo su odio y continuó viviendo léjos de su familia, entre los cómplices de sus rebeliones. Las pesadumbres que á su padre daba, aceleraron sin duda el fin de este príncipe, que consumido por los dolores de una dila-

tada enfermedad, murió á los 7 de enero de 1325 á los sesenta y tres años de su edad, despues de cuarenta y seis de reinado. El principal ornamento de sus funerales fueron las lágrimas y la admiracion de los portugueses. Su sepulcro puede verse aun en el hermoso convento de Odivellas, fundado por él mismo.

Isabel prodigó al moribundo los cuidados mas solícitos, y llevó su abnegacion hasta el punto de reunir al rededor de su lecho á todos sus hijos ilegítimos, para que les abrazase; pero así que su marido fué sepultado, así que la fué permitido romper los lazos que al mundo la unian, no vaciló un momento en dejar las insignias reales por el hábito de simple religiosa en el convento de santa Clara, fundado por ella en Coimbra. Cuando estaba próxima á encerrarse en él para siempre, los nobles á quienes se presentó vistiendo aquel piadoso traje, la suplicaron que no relegase en el claustro virtudes que santificaban el trono; Isabel accedió, y durante diez años mas se enalteció no menos por sus beneficios que por su ferviente piedad. Murió en 1336, santa ya á los ojos de españoles y portugueses. Roma la canonizó en 1625, con el nombre de Elisabeth.

Alfonso IV (1325—1356); cambio en su conduta.

Los primeros actos de Alfonso IV no justificaron la impaciente ambicion de que diera tan lamentables pruebas. Aunque tenia mas de treinta y cuatro años, solo mostraba aficion á la caza, desaparecia por espacio de muchos dias para entregarse mas libremente á su placer favorito, y nunca hablaba con sus graves consejeros sino para narrar sus proezas contra los osos y los jabalíes de las montañas. Una vez que se entregaba con satisfaccion á su tema predilecto, uno de sus ancianos ministros le interrumpió y le dijo: «Príncipe, ¿acaso estamos aquí para ocuparnos de tales asuntos? Si V. A. quier pensar con nosotros en las necesidades del pueblo, hallará en todas partes súbditos fieles, sino... —Sino qué? exclamó Alfonso irritado.—Sino, repuso tranquilamente el anciano, buscaremos otro rey que cumpla mejor sus deberes.» Alfonso se alejó furioso; luego, volviéndose al audaz consejero: «Teneis razon, le dijo; vuestra reconvenccion no será estéril. Ya no seré Alfonso el cazador, sino Alfonso rey de Por-

tugal.» En efecto, abandonó la caza, rompió con los malos compañeros de su juventud, resucitó, aunque con menos dulzura, los bellos dias de Dionisio, y los portugueses agradados de la tan feliz mudanza, dijeron de él que amaba á su pueblo como debia amar á su familia. Igualmente que Dionisio, Alfonso se apoyó en el tercer estado, en los municipios. Las cortes seis veces reunidas por él, se mostraron dignas de su confianza, cooperando á sus reformas y luchando con él contra el feudalismo.

Feliz si hubiese arrancado de su corazon el odio que nutria contra el generoso Alfonso Sanchez! La invencible dureza de su carácter le hacia harto insensible á la abnegacion de aquel jóven príncipe, y no pudiendo ofenderle en su noble retiro, le arrebató sus bienes y dignidades, convirtiendo además en proscripcion el digno destierro que él mismo se impusiera. Alfonso Sanchez trató de persuadirle, y cansado en fin de no obtener respuesta, invadió el Portugal; Alfonso IV marchó contra él, pero la piadosa Isabel consiguió tambien impedir el derramamiento de sangre, y ambos hermanos se reconciliaron á su vez.

Victoria de los españoles contra los moros, cerca del Rio Salado (1340.)

Restablecida la paz interior, prosperaba el reino cuando amagó á España otro trastorno total. Abul-Hassan, rey de Marruecos, renovando las vastas empresas de los Almoravides y de los Almohades, habia enviado á la otra parte del estrecho un ejército numerosísimo, y el rey de Granada se habia encargado de guiar en persona la marcha de los invaseros, los cuales formaban cuatrocientos mil infantes, sesenta mil caballos, sin contar las tropas del rey de Granada y las hordas indisciplinadas que siguen á los ejércitos musulmanes. Afortunadamente, en presencia de tamaño peligro callaron las disensiones de los reyes cristianos de España, y los soldados de Aragon, Castilla y Portugal se agruparon bajo una misma bandera, mientras que el papa llamaba en socorro de la península á todos los príncipes de la cristiandad. Camoens nos entera tambien de cómo entró Alfonso IV en esta liga á instancias de su hija María, esposa del rey Alfonso XI de Castilla (1).

(1) Canto III.

Muchos eran ya los combates sin importancia que habian empuñado infieles y castellanos, cuando el rey de Portugal entró en Sevilla con un ejército poco numeroso, pero entusiasta. Todas las tropas españolas se colocaron entonces cerca del Rio Salado, ante los muros de Tarifa; á sus ojos se ostentaba un pedazo de la verdadera cruz, llevado por D. Alvaro Pereira, y elevábase entre ellos en manos del francés Beltran el estandarte bendito por el papa.

El dia 28 ó 29 de octubre de 1340 dióse la famosa batalla del Salado ó de Tarifa. Terrible fué la lucha, y en ella triunfaron los cristianos; Abul-Hassan privado de sus dos hijos y de sus mas valientes soldados, huyó inmediatamente á Algeciras, de donde pasó á Africa mientras que el rey de Granada corrió á refugiarse en sus baluartes, quedando la España salvada.

No puede negarse que Alfonso IV contribuyó gloriosamente á esta gran victoria, puesto que él solo venció las tropas granadinas, tenidas á la sazón por las mas esforzadas, á las que atacó entonando el hermoso salmo LXVII. El rey de Castilla, en el desahogo de su gratitud, le ofreció los mas ricos despojos de los infieles; pero Alfonso solo aceptó algunas armas con el estandarte y la trompeta de Habul Hassan, adquiriendo tambien el merecido sobrenombre de *bravo*. La España y la cristiandad se regocijaron por la terrible derrota de los sarracenos, conociendo que la *gran jornada* aseguraba en la península el definitivo triunfo del cristianismo, si bien para un dia todavía incierto.

#### Aventura de Inés de Castro; muerte de Alfonso IV.

Alfonso IV mancilló en breve la gloria que acababa de adquirir. Libertador de España y rey digno de tal nombre, parecia destinado á causar al propio tiempo la desdicha de los suyos. Habia sido mal hijo y mal hermano: veamos lo que fué como padre.

Entre las damas de honor de Doña Constanza, esposa del infante D. Pedro, habia una jóven llamada Inés, de la ilustre estirpe de los Castros, pero bastarda. Pedro la vió, y aunque doña Constanza merecia toda su estimacion, no pudo reprimir la pasion que le inspiraron las gracias de la bella Inés. En vano se valió la infanta de los recursos de su ternura; en vano eligió á

Inés por madrina de su primer hijo; nada pudo impedir los progresos de su mútuo amor, y cuando Constanza murió (1345), Pedro se casó secretamente con su amada. El pueblo, que recordaba las dulces virudes de la infanta, concibió desde entonces un rencor profundo hácia Inés, sin que sus lágrimas ni su modestia, ni los pesares que abrumaban su alma, lograsen desvanecer aquel ciego resentimiento.

Alfonso IV, viendo la pasion á que se abandonaba su hijo, le instaba para que se casase. D. Pedro rechazó todos sus ofrecimientos, pero sin confesar que fuese esposo de Inés, y retirándose con ella á orillas del Mondego, resolvió esconder á las miradas de los cortesanos el espectáculo de su ventura, y aguardar allí el momento de subir al trono para sentar á Inés á su lado.

Los enemigos de Inés la persiguieron en su pacífica morada. Su crimen, en concepto de todos, era la ilegitimidad de su nacimiento, la influencia soberana que ejercia en D. Pedro, y las mercedes de que imprudente hacia colmar á sus compatriotas castellanos y á sus hermanos. Instigaron pues á Alfonso IV para que desterrase á Inés, ó la diese muerte, temiendo que tratase algun dia de abrir el camino del trono á sus propios hijos, asesinando á los hijos de D. Pedro y Constanza. La dulce Inés era incapaz de semejante crimen; pero el anciano rey no supo desechar aquella calumnia y acostumbrose paulatinamente á la idea de inmolarse á Inés. Tanteó por última vez á su hijo, proponiéndole una princesa de Leon; D. Pedro se contentó con rehusarla como las demás, y lejos de inquietarse por los amenazantes rumores que empezaban á correr, no pensó en salvar á Inés, declarándola esposa suya, ó poniéndola á cubierto de los ataques que se le denunciaban. Su madre tampoco logró vencer su incredulidad, y contentóse con acompañar á Inés al convento de Santa Clara. D. Pedro tenia en parte razon, pues Alfonso, indeciso entre los consejos de sus cortesanos y los de su conciencia, no habia podido resolverse aun á pronunciar la sentencia fatal. La calumnia acabó empero por triunfar, y mientras el rey sacrificaba así sus remordimientos á la envidia de los enemigos de Inés, creyó que solo los sacrificaba á la tranquilidad del reino y de su familia. Tres caballeros, Pacheco, Gonzalez y Coelho se encargaron del papel de verdugos en aquel funesto drama.

Cierto día que se encontraba el rey con una numerosa comitiva á poca distancia del punto donde residía Inés, en Montemor o Velho, cedió á los ruegos de sus pérfidos consejeros, y temerosos de que su resolución no fuese duradera, arrastráronle al convento de Santa Clara de Coímbra.

Don Pedro estaba ausente, y hacia algunos días que se dedicaba sin temor al placer de la caza. Al saber Inés la llegada de Alfonso, adivinó sus designios; pero en vez de pensar en la fuga, reunió á sus hijos y salió con ellos al encuentro de los asesinos. ¿Cómo creer que sus lágrimas y sus súplicas fuesen impotentes? ¿Cómo creer que la vista de aquellos tres hermosos niños, á quienes querían dejar sin madre, no disiparian las siniestras intenciones de que era objeto? Inés, en efecto, habló tan bien de D. Pedro, de aquellos pobres huérfanos y de sí misma, que el ferroz Alfonso no pudo resistir y se alejó sin decir una palabra, silencio que la infeliz tomó por su salvacion. Pero como los implacables enemigos de la princesa se veían perdidos para siempre si se frustraba su maquinacion, cercaron á Alfonso, diciéndole que les perjudicaba á todos y al Estado; y el rey, que no tenia ya ante sí á la infortunada víctima, no supo rechazarles. Viéndole pues indeciso, los tres caballeros mas comprometidos, Pacheco, Gonzalez y Coelho, penetraron en la habitacion de Inés, y la dieron muerte (1355).

En tanto que el asesinato de Inés acarrea á Alfonso el unánime vilipendio de los verdaderos hombres de bien, entregábase don Pedro á todos los arrebatos del dolor y de la ira. Concluidas las exequias, creyó que el llanto no bastaba para tanta desdicha, y reuniendo una partida de hombres decididos, solo pensó en saciar su venganza. Los hermanos de Inés se unieron con él, y juntos se dieron á saquear los dominios de los asesinos, y á destruir sus castillos. Además, como el rey no queria entregarle los culpables, D. Pedro se vengó en los campos del reino que un día debía gobernar, y hallábase próximo á entrar en Oporto, cuando el arzobispo de Braga, amigo suyo, acudió para defenderla contra él, persuadiéndole que moderase el ímpetu de su justo resentimiento. D. Pedro, ya mas tranquilo, aceptó la intercesion de su madre Beatriz, y consintió en reconciliarse con Alfonso IV, con la espresa condicion de concederse una amnistía mútua á cuan-

tos habian tomado parte en la muerte de Inés y en los desmanes posteriores. D. Pedro obtuvo además una independencia casi completa, y continuó ausente de la corte.

Poco tiempo despues de esta reconciliacion murió Alfonso en Lisboa á la edad de sesenta y siete años. Conociendo que se acercaba su fin, llamó á su lado á los tres asesinos de Inés, y aconsejóles que buscasen un asilo fuera de Portugal. La calma de su hijo no le cegaba sobre sus verdaderos sentimientos: bajo aquellas sosegadas apariencias entreveía el dolor y el odio con que rebosaba aquella alma implacable.

#### D. Pedro (1356—3367); sus venganzas.

Alfonso lo habia adivinado. El primer acto del nuevo rey fué perseguir á los asesinos de Inés, y como estos, refugiados en Castilla, se creían al abrigo de su venganza, halló pronto el medio de alcanzarles en su retiro, uniéndose con Pedro el Cruel, rey de Castilla, contra los aragoneses, alianza impolítica y que se llevó á cabo á pesar de las observaciones de sus mas prudentes consejeros. El rey de Castilla se comprometió en cambio á entregarle los tres caballeros cuya estradicion le pedia, con la condicion de que sele entregasen cuatro señores castellanos que habian huido á Portugal. D. Pedro, que solo tomaba consejo de su encono, aceptó ávidamente tan infame contrato, y en cambio de los señores que él mismo acogiera en su corte, recibió poco despues dos de los asesinatos de Inés. Pacheco habia logrado escaparse bajo los harapos de un mendigo á quien él mismo habia hecho muchas limosnas.

La fuga de Pacheco llenó de ira al esposo de Inés; pero cuando vió en su poder á Gonzalez y á Coelho maniatados, solo pensó en el placer de la venganza. Mandó que fuesen ajusticiados en Santarem, en frente del palacio real, y el suplicio fué horrible. No contento con atormentarles mucho tiempo para obligarles á confesar su crimen, lo cual no pudo conseguir, D. Pedro les hizo arrancar el corazon, al uno por el pecho, al otro por la espalda: en seguida fueron quemados y esparcidas al viento sus cenizas. Don Pedro presenció la ejecucion, insultando y maltratando á los infelices que la sufrían escitando á los verdugos, y para colmo de